



Avisos
de Viena

FERNANDO SANZ-LÁZARO

EL NACIMIENTO DE UN NACIMIENTO¹

Universität Wien, Austria
fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at

El río Tormes, a su paso por Tejares, presencié dos desacostumbrados nacimientos en torno al ecuador del siglo XVI: primero, el del vástago que Antona Pérez le dio a su marido y molinero de Tejares, que con los años sería el mozo de muchos amos de todos conocido. El segundo, el del género picaresco y, al contrario que aquel, sin filiación conocida. En efecto, si hay una literatura íntimamente ligada al momento del parto, esta es sin duda la picaresca, cuya forma canónica se ciñe al formato biográfico retrospectivo que señala su comienzo, como no podría ser de otra manera, con la llegada al mundo del protagonista.

El natalicio marca el inicio de los días del pícaro, pero no necesariamente el punto de partida de sus andanzas. El momento del alumbramiento es la culminación de un dilatado proceso que se remonta incluso varias generaciones atrás y pasa por la gestación, el engendramiento, y las mil circunstancias a este conducentes. El pícaro no llega al mundo como una *tabula rasa*, sino que su vida y fortuna está condicionada por su ascendencia. La picaresca es consciente de este hecho y no repara en tinta para acentuarlo, dando cumplida cuenta del abolengo del personaje y la calidad de sus progenitores como elemento previo ineludible al comienzo a la narración.

Las novelas picarescas, pues, abren una ventana a los Siglos de Oro a través de la cual se nos presentan las tribulaciones con las que ha de lidiar la gente sencilla para y por asomar la cabeza al mundo en aquella época. Acerquémonos pues al nacimiento

¹ Revisado y corregido por Sabrina Grohsebner. Publicado como parte del proyecto FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P32263-G30).

de la picaresca a través de sus nacimientos. O viceversa.

Lázaro de Tormes, el primero de los de su género, asegura haber sido parido una noche en el río del que toma el nombre, ya que el feliz acontecimiento sorprendió a su madre en la aceña. No se precisa qué hacía la buena señora en la molienda a horas tan intempestivas en lugar de guardar reposo en la adyacente casa del molinero, como cabría esperar de una mujer en su estado. Es probable que la madre de Lázaro, a pesar de su avanzada gestación, se encontrara ayudando a su consorte a sobrellevar el negocio familiar y de ahí que le cogiera el nacimiento en lugar tan inadecuado. No clarifica el texto, empero, la índole de las nocturnas diligencias, pues el padre de Lázaro, con igual celo que molía el grano, se afanaba en hurtarlo². La naturaleza de este segundo oficio bien podría explicar el caso de la noctívaga molinera. La señora Pérez, en cualquier caso, debió de trabajar hasta el mismo día del parto en una u otra faena.

Tal vez fuera esta estoicidad lo que permitió a doña Antona reponerse con premura de la muerte en el destierro de su manilargo esposo, o tal vez fueron otras las causas, pero lo cierto es que su experiencia maternal no terminó con el primogénito. Tras enviudar, se puso a servir a unos estudiantes, aunque en esta ocasión concederemos a su honra el beneficio de la duda. No podemos hacerle la misma merced en el lance del esclavo negro que con frecuencia pernoctaba su casa, pues a resultas tuvo Lázaro un medio hermano que, siendo mulato, no dejaba duda sobre la paternidad. Su progenitor, no sin cierta sorna, lo llamaba «hideputa»³.

Mateo Alemán recogió el descriptivo epíteto para su pícaro *Guzmán de Alfarache*, quien introdujo la mancilla matrilineal de la que Lázaro había escapado por poco. Guzmán, al contrario que su predecesor, habla de un «confuso nacimiento»⁴ en el que, a falta de un padre, es reconocido por dos como hijo. Sin embargo, estos, al contrario que el malparado Tomé, son personas de calidad: un anciano aristócrata al que los vicios de la carne condujeron a la sepultura, y un rico mercader genovés cuyas intrigas financieras lo llevaron a la ruina. Esto es, de calidad más por su cuna que por su virtud. No obstante, las artimañas de la madre de Guzmán para endosarle la criatura a los dos nada santos varones palidecen ante las tretas de la abuela, porque si aquella «enredó a dos», esta, a «dos docenas»⁵, y a todos logró convencer valiéndose de las semejanzas reales o fingidas de la niña en la que cada dizque padre creía verse reflejado.

Es de otra pícaro, *La pícaro Justina* de Francisco López de Úbeda, de quien por fin se relata un nacimiento con la prolijidad que merece, y se hace desde dos puntos de vista. La primera versión, de la boca de la protagonista, empieza describiendo los

² *Lazarillo de Tormes*, pp. 12-14.

³ *Ibíd.*, p. 17.

⁴ Alemán, *Guzmán de Alfarache I*, p. 126.

⁵ *Ibíd.*, p. 160.

accidentes astrológicos que concurrieron en el parto de la niña, de no poca importancia en la época y más en el marco determinista del discurso picaresco. Tras esto, Justina rememora el parto que en esa coyuntura ocurrió: primero se admira de haber nacido. Luego, se queja del frío. Después, se avergüenza de su desnudez. Seguidamente, expresa su vehemente deseo de retornar al vientre materno lamentándose de haber salido de una vez y no en dos tiempos.

A continuación, vuelve a contar el suceso, pero esta vez desde la perspectiva de un tercero. En esta evocación se nombra la concurrencia, «las pares de los dos oficios más comunes de la república»⁶, cuya mención, muy oportunamente, Justina pasó por alto, tal vez por tratarse de alcahuetas y prostitutas. El relato concuerda no obstante en los detalles fisiológicos. Se llama la atención sobre la rapidez y ausencia de dolor del proceso indoloro, tomando como elemento de juicio la ausencia de gritos de la parturienta a pesar del respetable tamaño del rollizo bebé. El narrador atribuye esta facilidad a los dos hermanos que precedieron a Justina y el sinnúmero de partos fallidos que hicieron que este último apenas requiriese esfuerzo por parte de la ahora puérpera.

De esta manera, con un parto, se alumbró la picaresca. Y esta, al igual que sus personajes, creció, cambió y evolucionó. A estos prístinos nacimientos siguieron muchos otros hasta terminar en 1668 con la considerada última obra picaresca del Siglo de Oro, *Periquillo el de las gallineras*⁷. Periquillo, irónicamente, concluyó la serie interrumpiendo el linaje picaresco matrilineal con su condición de expósito. Con él habrían acabado las andanzas de los pícaros de no ser por una curiosa coincidencia: ese mismo año, otro tunante de abolengo en principio desconocido y nombre *Simplicissimus*⁸ apareció en Alemania, dando el comienzo a su versión vernácula del género. Francia e Inglaterra no tardaron en seguir, e incluso el propio Lázaro se reencarnó en la España de la posguerra invocado por un Premio Nobel⁹. En definitiva, parafraseando al pícaro cervantino Germán de Pasamonte, sabemos cuándo nació el primer pícaro, pero ignoramos cuando será echado el último a galeras¹⁰.

6 López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, pp. 278-279.

7 Santos, *Periquillo el de las gallineras*.

8 Grimmelshausen, *Der abenteuerliche Simplicissimus Teutsch*.

9 Cela, *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*.

10 Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, p. 313.

BIBLIOGRAFÍA

- Lazarillo de Tormes* [1554], ed. Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 2014.
- Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache I* [1559], ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 2012.
- Cela, Camilo José, *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* [1944], Barcelona, Debolsillo, 2019.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* [1605], ed. John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 2016.
- Grimmelshausen, Hans Jacob Christoph von, *Der abenteuerliche Simplicissimus Teutsch* [1669], ed. Volker Meid, Stuttgart, Reclam, 1985.
- López de Úbeda, Francisco, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina* [1605], ed. David Mañero Lozano, Madrid, Cátedra, 2012.
- Santos, Francisco, *Periquillo el de las gallineras* [1668], ed. Miguel Donoso Rodríguez, New York, Instituto de Estudios Auriseculares, 2013.